

**COMENTARIO DEL LIBRO
DE ARTURO TARACENA ARRIOLA.
INVENCION CRIOLLA, SUEÑO LADINO,
PESADILLA INDÍGENA.
LOS ALTOS DE GUATEMALA:
DE REGION A ESTADO, 1740-1850***

*Michel Bertrand**

Detrás del bello título y de las referencias explícitamente freidianas de este libro, el lector descubre en él un importante libro de historia regional. De golpe osamos plantear una afirmación a manera de previsión, ejercicio que por cierto repugna tanto al historiador, pero que en este caso no deja de ser un tanto riesgoso.

El trabajo de A. Taracena probablemente será por muchos años como una de esas referencias trascendentales para todos aquellos que decidan en el futuro plantear un estudio de historia regional.

* Professeur d'histoire, Université de Toulouse Le-Mirail. Directeur du Gral. CNRS.
Traducción del Francés al Español realizada por Dr. José Daniel Gil Zúñiga, Director, Maestría en Historia, UNA.

El autor hace abandono de la definición clásica de lo regional como un espacio rígido y delimitado a partir de criterios administrativos o políticos y se esfuerza por comprender la construcción de un territorio a través de la acción de los actores sociales.

Este trabajo se distancia de la vieja monografía la cual aportó ciertamente buenos y leales servicios y presenta una concepción dinámica de la región estudiada. El autor adopta, a pesar de lo que él mismo señala en la introducción, un enfoque que se nutre tanto de la Antropología histórica como de la historia política tradicional o la historia de las elites las cuales él cita explícitamente. De hecho es alrededor de tres conceptos claves que él construye su investigación. Al concepto clásico de región, él añade el de territorio definido como un espacio relacional y el de frontera, tanto interna como externa, las cuales permiten delimitar los espacios que componen este territorio. A partir de estos conceptos su propósito es comprender como se fija y se afirma, en torno a la crisis de independencia, un ideal independista en la región de Los Altos (tierras altas) de la Antigua Capitanía General de Guatemala.

El fracaso sucesivo que tuvieron las dos tentativas separatistas —la primera en 1838 y la segunda diez años después— contribuyó a hundir en el olvido de la historia un episodio desatendido por la historiografía centroamericana. Es cierto que esta última ha estado ligada hasta hace poco a encontrar las raíces de las naciones que surgieron luego del derrumbe de la Federación Centroamericana en 1839 y no podía interesarse en este tema de manera muy positiva. Durante mucho tiempo, este episodio que había contribuído precisamente a negar la pertinencia y la realidad de la identidad nacional guatemalteca fue esencialmente presentado a manera de denunciar los daños provocados por las ingerencias y manipulaciones exteriores hostiles a la “nación” guatemalteca. En épocas recientes en que la historiografía centroamericana se alejó de estos senderos militantes de la causa nacional, el hecho no ha llamado la atención, ni más, ni mejor, de los historiadores. De manera sorprendente y aunque en su bibliografía, él cita diversos trabajos de este autor relativos a este tema, en

su reciente obra *Historia Contemporánea de Guatemala*, J. Luján Muñoz, tan solo le dedicó dos páginas.

El escoge explícitamente, la opción de narrar la secesión desde una perspectiva "centralista" y se limita a hacer incapié en las etapas políticas que conducen a su fracaso. En lo que se refiere a las recientes *Historia General de Guatemala*, *Historia General de Centroamérica*, trátase de la publicación de la Asociación de Amigos del País o de FLACSO-Guatemala, la segunda no trata el hecho y la primera ofrece una aproximación descriptiva.

Es decir, la originalidad de este trabajo es que rompe a la y con una torpeza historiográfica que se impone y que se aparta del simple terreno de la historia política para aventurarse en el de la reconstrucción de las dinámicas internas de un proceso. Como lo ha indicado A. Taracena, el episodio significa, en primer lugar un enfrentamiento entre las elites locales y las de la capital. De manera similar a como lo ha permitido el surgimiento de los otros Estados de la Federación, expresa en primer lugar una rivalidad en el control de las riquezas locales en la Tentativa Secesionista. En este sentido la muy fuerte coherencia de la elite local, adquirida a través de estrategias matrimoniales geográficamente endogámicas permitió la constitución de un grupo social homogéneo que asoció a los comerciantes de Quetzaltenango con los propietarios del altiplano y los de las tierras bajas del Pacífico. Simultáneamente las incertidumbres económicas presentes en la economía regional con la independencia y la promulgación de la Federación Centroamericana contribuyeron a enajenar a las autoridades centrales del nuevo Estado guatemalteco a la población de la región. Particularmente el grupo de artesanos, duramente afectado por una coyuntura desfavorable nacida de la ruptura de los circuitos de intercambio tradicionales, se adhirió tanto a la idea de anexarse al Imperio Mexicano como a la de crear un sexto Estado dentro de la Federación. En este sentido lejos de ser el fruto de un enfrentamiento entre liberales y conservadores, como lo ha indicado tradicionalmente la historiografía desde el trabajo de P. J. Chamorro que se remonta al año de 1951, y sin cesar de ser repetido posteriormente, es más bien una rivalidad, de naturaleza

socio-económica entre el centro y la periferia de Guatemala la que se expresa en la tentativa separatista.

Enfrentada a un enemigo común —las elites de la capital— ella se desata sobre la constitución de una alianza de intereses entre las familias criollas y mestizas. Quedaba por obtener el apoyo de las masas aborígenes para encontrar la vía del éxito. No es por no haber explorado la posibilidad que la tentativa independentista fracasó. Por el contrario, concientes de esta necesidad, los líderes del movimiento tendieron a legitimar su operación integrando las poblaciones indígenas en el destino colectivo que trataban de construir. Sin embargo, prisioneros de sus propios esquemas ideológicos, ellos no podían conceder a esas comunidades indígenas lo que su propio credo liberal les hacía expresar como un ideal insuperable. Incapaces de concebir una respuesta específica que atendiese a las expectativas aborígenes, ellos no pudieron asumir la puesta a puerto de las esperanzas de los últimos más allá del estadio de las proclamações de intención, de los propósitos de los tribunos, o de las declaraciones expresadas en la prensa. El resultado no se hizo esperar. La imposible alianza con las poblaciones indígenas abrió la vía a L. Carreras quien se convirtió a los ojos de estas últimas “el rey de los indios”.

Las comunidades indígenas esperaban del proyecto político promovido por las elites regionales, respuestas concretas a sus problemas. Estos últimos concernían en particular, al impacto de la puesta en práctica de la nueva fiscalización, del auto de demanda de flujos tradicionales de intercambios con regiones vecinas de las cuales momentáneamente se habían separado con el surgimiento de una nueva frontera y sobre todo, el rechazo a reconocer sin restricción las propiedades territoriales indígenas codiciadas, precisamente por las elites regionales. La ausencia de respuestas satisfactorias a esas cuestiones esenciales para ellas hizo oscilar a las comunidades indígenas entre los opositores al proyecto. Se conoce la respuesta dada a la iniciativa del gobierno conservador de R. Carrera: revuelta indígena, espectro de la guerra de castas y restauración de la “República de Indios”.

La tentativa cesesionista de la región de Los Altos, a pesar de su fracaso, puso en evidencia algunas de las

dimensiones de la construcción nacional guatemalteca hasta ahora poco consideradas por los líderes independentistas. Este no es el menor de los méritos de este libro que subraya y recuerda su importancia. Este es el caso de la dimensión indígena del país, aspecto al que los promotores de la independencia no habían querido dedicar más que una simple atención retórica, sin sacar ninguna consecuencia concreta. Además, es la lucha por el poder sobre la región entre las elites de la capital y las de la periferia que pone en evidencia este episodio. En fin, la comparación de la tentativa de 1838 y la que tuvo lugar 10 años después, permite subrayar en qué medida las realidades regionales cambiaron durante este breve lapso de tiempo. La elite local, en vías de transformaciones aceleradas con el desarrollo de la producción del café, aceptó dar su apoyo a un Estado fuerte y centralizado en la medida que éste le garantizara paz social y apertura exterior. En este sentido cuando en 1838 la había excluído de toda presencia significativa dentro del aparato del Estado nacional, ella percibió que la revolución liberal de 1870, podía adherirse sin reserva y la posibilidad de volverse a ocupar del juego político sacrificando un proyecto separatista ya caducado según su punto de vista. La principal preocupación de esta elite regional era entonces asegurarse un control sobre el Estado suficientemente fuerte y susceptible en particular de defender sus intereses económicos y sociales. Su identificación a cualquier identidad regional, siempre viva pero inadapta a las nuevas realidades socioeconómicas tanto regionales como nacionales, pasaba entonces a un segundo plano aún cuando no se olvidaba totalmente su existencia.

Con este trabajo A. Taracena Arriola renueva completamente una cuestión importante de la historia del siglo XIX guatemalteco. Abandonando la óptica centralista predominante él escogió revertir la perspectiva reflexionando sobre la crisis de 1838 a partir de las aspiraciones locales y regionales encarnadas y defendidas por las elites de Los altos. Sin negar el rol de la rivalidad entre liberales y conservadores, muestra los límites cuando se trata de explicar la historia política del siglo XIX, a través de este prisma exclusivo. Subraya después la interacción de otros elementos de

confrontación en la sociedad guatemalteca, como datos socio-económicos o socio-étnicos, y despeja también la complejidad que caracteriza esta política de Guatemala. En fin, él muestra que más allá de las solidaridades y aspiraciones autonómicas, las realidades de clase no se podían borrar plenamente en las elites locales acostumbradas a percibir a las masas indígenas más como adversarios que como aliados. Incapaces de superar esta contradicción, las elites de Los Altos tomaron el riesgo de echar a las masas en los brazos de su adversario centralista y conservador. Justo retorno de las cosas: excluidos del juego político del cual nadie quería verdaderamente hacerles partícipes, estas masas jugaron finalmente el papel de árbitros, permitiendo la victoria política de los conservadores. Seguidamente, las tentativas por volver a poner al día estas veleidades separatistas fundadas sobre la conciencia de una identidad regional no tuvieron mayor éxito. Ellas chocaron siempre con esta misma contradicción, identificada por A. Taracena como la principal explicación de los repetidos fracasos. Aunque la historiografía guatemalteca no duda encerrarse, todavía muy a menudo en los esquemas teóricos preestablecidos, este trabajo muestra el interés que existe allí por tomar en cuenta la complejidad política y social. En el contexto particular de Guatemala y su escuela historiográfica, no se puede menos que desear que esta manera de "hacer historia" pueda servir de alguna forma como un modelo para los historiadores guatemaltecos del futuro.